

Hay en *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister*⁽¹⁾ exclamaciones así: "¡Dichosa juventud!" Felices tiempos de la primeras ansias amorosas! El hombre, entonces, es como un niño que se divierte horas enteras con un eco." Pero en este verdadero manual de juventud nos encontramos con tan armonioso cruce de ecos, con tal profusión de estímulos vitales, que sus páginas dejan pronto de divertirnos—en el pueril sentido del vocablo—para llegar profundamente a conmovernos. Es, como el resto de los libros de Goethe, una invitación a la serenidad de espíritu, a la perfecta sinfonía de todas las fuerzas—angélicas y animales—del lector. No es un ruedo en el que se realizan números de fuerza, sino un aula espléndida donde se juntan a la voz grave del genial maestro todas las risas infantiles de la plaza pública, dulzuras de sol, gritos de vendedores ambulantes, todos los "ecos" de la vida en marcha, de la aventura.

Un libro de Goethe es siempre, como ninguno, cierta cátedra abierta en medio de la vida en sazón. Sus miradas son dobles, de filósofo y de artista. Emerson vacila en llamarle lo segundo, otros muchos se resisten a llamarle lo primero—recientemente publicó Alfredo Franceschi, en *Síntesis*, de Buenos Aires, un ensayo acerca de la filosofía de Goethe—. La razón es ésta: que supo hallar el punto de confluencia de las dos contemplaciones: la de filósofo y la del poeta. Y todo depende de la flexibilidad de unos límites. Fue ambas cosas; pero ocurre que un tema de los llamados filosóficos a él le servía de asunto de poema, y otro de los llamados poéticos le servía de punto de arranque de hondas reflexiones. ¿Qué fue en Goethe el panteísmo? Un haz de sugerencias líricas. ¿Qué era para Goethe todo fragmento de adorable corteza terrestre, de mujer o de manzana? Un pretexto para romperla y extraer de allí un concepto. Si es verdad que decía: "Las teorías son canciones de cuna con que el maestro hace dormir a los alumnos", no es menos cierto que sentía igual recelo hacia toda construcción de poeta, vacía de pensamiento. Su sed de hombre integral le hizo recorrer—a veces inútilmente—todos los caminos del conocimiento. Nunca, desde Leonardo, apareció en el mundo tal apetito de ser y conocer.

La redacción de *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister* se alternaba con ejercicios de amor. "Te doy las buenas noches para consagrar algunos momentos a mi Wilhelm, que también lo es tuyo..."—escribía Goethe a su segunda Carlota, a Carlota von Stein, en otoño de 1784—. Y en la primavera de 1786 le decía: "He trabajado en Wilhelm y, a cada página, pensaba en el placer que tendría yo al leértela".

(1) J. Wolfgang Goethe: *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister*. Traducción de R. M. Tenreiro. Tomo I. Colección Universal de Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1931. 310 páginas. 1,50 pesetas. La misma editorial ha publicado de Goethe: *Memorias de mi vida* (tres tomos), *Afinidades electivas* (dos tomos), *La campaña de Francia* (dos tomos), *Egmont* (un tomo), *Clavijo*, etc.

Goethe, genial burgués

—De Crisol, Madrid—



Goethe

Leamos estas cartas⁽²⁾ alternándolas con *Wilhelm Meister*; entre ellas y el libro completaremos el hombre. "Cada uno tiene su propia felicidad entre las manos, como el artista la materia bruta que quiere transformar en una figura". Así habla un personaje del libro. Así pensaba Goethe y, lo que es más admirable, así fraguó su vida entera. Podándose lo arbitrario, subrayándose lo auténtico, ejercitándose cuidadosamente en el arte de devenir hombre total, perfecto, tal como un día lo vislumbró Napoleón.

Libro profundo y encantador.

Por ser profundo decepcionaba—según el testimonio de Emerson—"a los aficionados a lecturas ligeras". Por ser encantador decepcionará a los hombre de falsa gravedad, a esos espíritus que apenas saben degustar matices, paladear timbres originales, morder con suavidad en la piel fascinadora de las ideas y las cosas... Oigamos nuevamente a Emerson: "Los inteligentes lo leen—a Wilhelm—con delicia y maravilla y algunos lo prefieren al *Hamlet* como obra de genio..." Y sigue hablando de la suavidad, de la delicadeza de *Los años de aprendizaje*. Sigue hablando, quizá, con excesiva generosidad para esos "años", para esa juventud tan mimada, donde una amante se adquiere y se posee con igual facilidad que unos zapatos... ¿No tropezamos, en esta dirección, con el oculto enemigo de todos los libros de Goethe, de la vida del propio Goethe? ¿Este "aprendizaje" vital no nos resulta demasiado fácil, realizado en demasiado excelentes condiciones?

(Goethe, hijo ilustre de un ilustre consejero imperial, nacido entre libros y comodi-

(2) La "Librairie Stock", de París, publicó en 1928, traducidas al francés, una colección de estas cartas bajo el título de *Letras a madame de Stein*, con una introducción de Henri Lichtenberger.

dades; Goethe, hijo de burgueses, burgués, genial burgués, tú mismo: ¿Qué podrán hacer con tu manual del perfecto joven acomodado tantos de nuestros jóvenes sin fortuna? Lo podrán, quizá, realizar todo, porque una sola cosa es necesaria: genio; pero ¿no sonreirán alguna vez al leer tu *Wilhelm Meister*, al leer tus *Memorias*, al leer todos tus libros?)

Según el parecer emersoniano, importa mucho para la robustez de una frase cualquiera el que tras ella haya un hombre o no lo haya. Nada más exacto. Importa que esté hombre se disponga en cada página a asomar la cabeza para responder de sus palabras—como todo autor donde los bastidores deben responder de su farsa.—Y aquí, efectivamente, lo está con la misma "facilidad de vida", con la misma ausencia de penosos trances en donde puede afirmarse su auténtica dureza... Porque llega a desazonarnos la excesiva blandura con que le fue preparado a Goethe su tránsito por la vida. Viajó siempre en tren de lujo. Hombre feliz que desde su infancia pudo contemplar olímpicamente el mundo, sin chapotear en sus alcantarillas, en sus horrendos baches, sin tropezar con ninguna verdadera congoja.

Excepto las sublimes congojas del amor, lírica angustia, tan sumisamente compartida—sucesivamente—por tanto corazón femenino, tierno y esclavo, súbdito mejor que amigo. ("Vuestra muy humilde y muy devota sierva", le escribía Carlota von Stein—una de sus Carlotas—al pie de un dibujo de sí misma realizado también por ella con ayuda de unos espejos). Goethe escribió su *Werther*, es cierto, pero quien se levantó la tapa de los sesos no fue precisamente el autor, sino otro joven infeliz, una torturada representación de Goethe. Y el mismo autor lamentaba más tarde esta alta traición, esta traición a sí mismo. Lo lamentaba precisamente en una de sus cartas a la segunda Carlota: "Vuelvo a leer mi *Werther*—decía—y encuentro que su autor, después de haberlo escrito, hubiera debido meterse una bala en la cabeza". Otros jóvenes lo hicieron; y otros, como el profesor Hasenkamp, le preguntaron:

—¿Es usted el que ha escrito ese libro infame?

Goethe reconoció su debilidad. Había sido "piedra de escándalo", pero él nunca tropezó con ella. El autor de la novela más angustiosa de su siglo se deslizó siempre—así lo quisieron los dioses—por las más blandas y floridas praderas... (Alguna vez lo hemos instalado entre Shakespeare y Dostoiewski, y, entonces, ¿cómo nos hizo sonreír tan olímpica serenidad!)

Benjamin Jarnés

De Goethe le ofrecemos:

Clavijo	€ 0.75
Egmont	0.75
Campaña de Francia y cerco de Maguncia	1.50
Memorias de mi vida	3.50
Conversaciones con Goethe (Eckermann)	4.25

Con el Adm. del Rep. Am.